

**UN PSICOLOGO SOCIAL ANTE LA GUERRA CIVIL
EN EL SALVADOR**

**A SOCIAL PSYCHOLOGIST FACES THE CIVIL WAR
IN EL SALVADOR**

**UN PSYCHOLOGUE SOCIAL FACE A LA GUERRE CIVILE
A EL SALVADOR**

IGNACIO MARTÍN-BARÓ

Universidad Centroamericana

"JOSÉ SIMEÓN CAÑAS"

San Salvador, El Salvador

RESUMEN

El Salvador se encuentra actualmente en una situación límite. Desde la perspectiva de la psicología social, se puede definir esta situación con tres características: (1) un exacerbamiento de la violencia, delincuencia, bélica, pero sobre todo represiva, que ha cobrado ya alrededor de treinta mil víctimas en apenas dos años; (2) una polarización social de los grupos, que reduce drásticamente las relaciones entre las personas así como las formas de interacción y rompe los presupuestos del "sentido común"; y (3) la institucionalización de la mentira social, tanto en lo que supone de ocultamiento y distorsión sobre personas y acciones, como de perversión en el juicio moral sobre unas y otras. El análisis psico-

social muestra que la violencia surge de las raíces mismas de un sistema social que fundamenta la construcción de la sociedad y de las personas en el dominio de unos sobre otros. Pero mientras el conflicto está acelerando la desaparición del viejo "sentido común"; está haciendo posible el surgimiento de un sentir nuevo; basado en el sufrimiento compartido y en la solidaridad. La psicología social puede ayudar a clarificar la conciencia colectiva, desenmascarando las legitimaciones interesadas de la violencia, desentrañando los procesos por los que se refuerza y reproduce la opresión social, y colaborando a la formación del nuevo "sentido común" que sirva de soporte a una comunidad más justa, centrada en las aspiraciones del pueblo salvadoreño.

Descriptores: conflicto (guerra), Psicología Social, violencia, conciencia colectiva, sentido común.

ABSTRACT

El Salvador is at present in a limit situation. From the point of view of social psychology, this situation can be defined by three characteristics: (1) a worsening of the violence—the criminal, the military but above all the repressive—which has already claimed around 30,000 lives in scarcely two years; (2) a social polarisation of groups which drastically reduces relationships between people as well as forms of interaction and breaks the presuppositions of "common sense"; and (3) the institucionalisation of the social lie, both in what involves concealment and distortion about people and events and in the perversion of moral judgement about them. Psychosocial analysis shows that the violence comes from the same roots of a social system that constructs a society and people on the basis of the domination of one group over another. But while the conflict is accelerating the disappearance of the old "common sense" it is making possible the emergence of a new sense based on shared suffering and solidarity. Social psychology can help to clarify the collective consciousness, unmaking the legitimations of the violence by interested parties, uncovering the processes which reinforce and reproduce social oppression and

helping in the formation of the new "common sense" which may serve as a support for a more just community, centered on the true aspirations of the Salvadoran people.

Descriptors: conflict (war), Social Psychology, violence, collective consciousness, common sense.

RESUME

El Salvador se trouve actuellement dans une situation limite. Du point de vue de la psychologie sociale, cette situation peut être décrite sous trois aspects: (1) l'exacerbation de la violence — délinquante, militaire mais surtout répressive— qui en deux ans a déjà provoqué la mort d'environ trente mille personnes; (2) la polarisation sociale des groupes, qui limite sérieusement les relations humaines et les formes d'interaction en brisant en même temps les énoncés du "sens commun"; et (3) l'institutionnalisation du mensonge social, qui cache et déforme tout ce qui concerne les personnes et les faits et qui corrompt le jugement moral que l'on porte sur eux. L'analyse psychosociale montre que la violence provient des bases mêmes d'un système social qui fonde la construction de la société et des hommes sur la domination des uns sur les autres. Mais en même temps que le conflit accélère la disparition de l'ancien "sens commun", il rend aussi possible le surgissement d'un nouveau sens, fondé sur la souffrance partagée et la solidarité. La psychologie sociale peut aider à éclaircir la conscience collective, en dévoilant les légitimations intéressées de la violence, en montrant quels sont les processus qui renforcent et reproduisent la violence et en collaborant à la formation du nouveau "sens commun" qui puisse servir de support à une communauté plus juste, centrée sur les aspirations du peuple de El Salvador.

Descripteurs: conflict (guerre), Psychologie Sociale, violence, conscience collective, sens commun.

INTRODUCCION: UNA SITUACION LIMITE

Desde 1980, El Salvador se ha convertido en una situación límite: más de treinta mil muertos y medio millón de refugiados en un país de apenas cinco millones de habitantes son testimonio trágico, pero fehaciente, de que vivir hoy en El Salvador exige poner en juego la propia vida, es decir, aquello que se es y que se cree. Las situaciones límite son el mejor crisol epistemológico, allá donde aparecen los rostros desnudos de normalidad y locura, de conciencia y alienación, de vida y de muerte.

Ya desde comienzos de la década de los setenta se perfilaba en El Salvador un grave conflicto social, al cerrarse uno tras otro, con obstinada irresponsabilidad, todos los atisbos de solución. Con el golpe de estado de 1979, el conflicto entra en una fase de formalización y aceleramiento que necesariamente desemboca en la guerra civil (Martín-Baró, 1981a). Todos los ámbitos de la vida reflejan hoy este conflicto y la crueldad de una guerra que amenaza con desangrar criminalmente a un pueblo entero. El pueblo salvadoreño vive una cotidiana situación límite: mientras el sistema social se desintegra, dejando al descubierto los mecanismos últimos en los que hasta ahora se apoyaba la convivencia, la identidad y el ser mismo de los salvadoreños son puestos a prueba, tanto física como psicológicamente, y día con día son muchos los que huyen, se derrumban o mueren asesinados.

La actual guerra civil de El Salvador, además de cuestionar la validez de un sistema social que se nos ha impuesto siempre como una exigencia de la misma naturaleza humana y no como una posibilidad histórica entre otras, nos permite mirar al desnudo los presupuestos psicosociales de una forma de convivencia que ha resultado deshumanizadora para la mayoría de las personas. El presente estudio pretende examinar la situación actual de El Salvador desde la perspectiva de la psicología social a fin de bosquejar un posible aporte a la solución de tan graves problemas.

ANÁLISIS PSICOSOCIAL DE LA CRISIS SALVADOREÑA

El desbordamiento de la violencia

En el momento actual, se pueden distinguir en El Salvador tres niveles de violencia: la delincencial, la bélica y la represiva.

(1) Ante todo, está la violencia delincencial, más o menos común a toda sociedad, pero que, al abrigo de la situación presente, ha alcanzado proporciones desmesuradas: sea por hambre, desempleo, desesperación o simple oportunismo, las tasas de robo, asalto, secuestro y homicidio han crecido en forma acelerada.

(2) En segundo lugar, está la violencia de la guerra formal misma. Sus víctimas no constituyen todavía el porcentaje mayor de muertos del país, y en este rubro las fuerzas gubernamentales parecen llevar la peor parte (ver Hinton, 1981).

(3) En tercer lugar, están las víctimas de la represión. Cuantitativa y cualitativamente constituyen la triste marca de la actual situación salvadoreña. Como puede verse en el Cuadro 1, las víctimas de la represión política en el periodo de año y medio comprendido entre enero de 1980 y mayo de 1981 son más de dieciséis mil, es decir, casi mil asesinatos por mes, y éstos son cálculos muy conservadores. Las víctimas pertenecen a todos los sectores sociales, aunque al pueblo humilde, campesinos y trabajadores, le toca la peor parte. Los hechores son los llamados Cuerpos de Seguridad, fuerzas combinadas del ejército y bandas paramilitares que o están vinculadas a los mismos Cuerpos de Seguridad u operan con su apoyo y connivencia.

Estas cifras hablan ya de una verdadera orgía de violencia y sangre. Con todo, ni siquiera la gravedad de estos datos muestra en forma adecuada las dimensiones de la violencia que se da hoy en El Salvador. Porque uno de los rasgos que ha ido apareciendo a la luz pública es el de la crueldad. Cruel es, por supuesto, la tortura que las fuerzas policiales aplican a quienes caen en sus manos: es raro el cadáver que no presenta claras muestras de violación y tortura en su cuerpo, a menudo deformado por los castigos. Pero todavía más cruel es la práctica, en verdad repugnante, del descuartizamiento y el exhibicionismo macabro.

TABLA 1

Víctimas de la represión política en El Salvador en el periodo 1980-1981 por mes y ocupación

Ocupación	1980												1981				Total	
	EN	FE	MA	AB	MY	JN	JL	AG	SE	OC	NO	DI	EN	FE	MA	AB		MY
Campeño	129	126	203	198	200	393	524	236	378	200	207	212	1,018	537	924	1,795	161	7,441
Obrero/empleado	10	9	32	30	53	87	52	55	104	110	107	47	74	116	143	148	107	1,284
Estudiante	4	22	47	61	14	98	52	77	59	151	120	88	84	31	39	87	51	1,085
Maestro	8	6	3	12	21	9	7	4	9	13	14	8	7	10	9	6	5	151
Profesional	2	4	7	—	17	11	8	6	—	2	3	5	5	4	3	2	4	83
Religioso	—	—	1	—	—	1	1	—	—	1	2	7	2	1	—	—	—	16
Desconocida	115	69	195	179	306	429	403	327	275	551	509	320	1,143	703	504	303	219	6,560
Total	268	236	488	480	611	1,028	1,047	705	825	1,038	962	687	2,333	1,402	1,622	2,341	547	16,620

FUENTE: De enero a mayo de 1980: Socorro Jurídico del Arzobispado de San Salvador, *Asesinatos por motivos políticos desde el 1o de enero hasta el 24 de octubre de 1980*. San Salvador, 1981. (Mimeo).

De junio de 1980 a mayo de 1981: CUDI, *Balanza estadística*. Diversos números. San Salvador, 1980-1981. (Mimeo).

Sólo cuando se juntan estos tres niveles de violencia social y se les tiñe con la dosis de crueldad que a menudo les acompaña se capta en toda su profundidad la gravedad del problema en El Salvador. ¿Qué significa toda esta violencia? ¿Cómo se ha podido llegar allí? ¿Cómo es posible que personas hasta ayer pacíficas, religiosas y en apariencia razonables, se hallen hoy envueltas en esa danza macabra de sangre? ¿Cómo explicar que asociaciones respetables y que incluso apelan a valores cristianos y democráticos reclamen históricamente de las Fuerzas Armadas un baño de sangre todavía más amplio y generalizado?

Para comprender este complejo problema, es necesario partir de tres supuestos y señalar tres constitutivos básicos de la violencia. El primer supuesto es que hay múltiples formas de violencia y que entre ellas pueden darse diferencias muy importantes. El segundo supuesto es que la violencia tiene un carácter histórico y que es imposible entenderla fuera del contexto social en que se produce. El último supuesto es que la violencia tiene un peso autónomo que la dinamiza y que, una vez puesta en marcha, no basta con conocer sus raíces originales para detenerla.

Los tres factores constitutivos de la violencia son: un fondo ideológico, un contexto posibilitador y la "ecuación personal".

(a) Fondo ideológico. La violencia en El Salvador, incluso aquella violencia considerada gratuita, remite a una realidad social configurada por unos intereses de clase, de donde surgen valores y racionalizaciones que determinan su justificación (ver Sanford y Comstock, 1971). Que el mismo acto sea calificado o no como un acto terrorista sólo se entiende a la luz del poder social (ver Hacker, 1976; Chomsky y Herman, 1979, págs. 85ss.). El punto que se pretende señalar aquí no es la idea de Simmel (1908/1955) de que un conflicto se agrava al ampararse en exigencias ideológicas de principio, sino el dato más primordial de que la violencia se enraiza en la estructuración de los intereses sociales y su consiguiente elaboración ideológica. Por ello se ha podido con acierto hablar de una "violencia institucionalizada" en América Latina y Freire ha intuido que la "devaluación de la víctima" (Lerner y Simmons, 1966) se encuentra ya tipológica-

mente interiorizada en la dialéctica de opresor y oprimido (Freire, 1970; ver, también, Fanon, 1963).

(b) Contexto posibilitador. Tanto el desencadenamiento como la ejecución misma de la acción violenta requieren de un contexto propicio. Esto ha sido señalado por los modelos más diversos (Berkowitz, 1965; Milgram, 1974). En la medida en que este contexto, en cuanto marco de la violencia, se encuentre institucionalizado, es decir, convertido en normas, rutinas y medios materiales, la violencia podrá alcanzar cotas mayores. Incrementar los cuerpos armados, multiplicar sus instrumentos mortíferos, ubicar guardias públicos y privados por doquier resulta antes o después en cuerpos armados que utilizan sus armas e instrumentos mortíferos, en guardias que hacen uso de su poder, sin que en última instancia se pueda ya distinguir lo que es defensa de lo que es ataque, lo que es protección de lo que es agresión. Un viejo refrán castellano lo expresa con crudeza: "Cría cuervos y te sacarán los ojos".

(c) La "ecuación personal". Sin duda, todo acto de violencia puede llevar la marca de sus hechos que, a veces, se constituye en causa primordial. Aquí, sí, pueden entrar desde tendencias reprimidas o frustradas, y conductas reforzadas, así sea vicariamente, hasta rasgos patológicos e inclinaciones sádicas. En no pocos casos y cuando el contexto organizativo ha logrado un alto nivel de rutinización, puede darse la violencia fría, profesional, la actividad del hombre que asesina metódicamente, no como sociópata, sino como técnico: el mal se hace algo intrascendente, la tarea cotidiana (ver Arendt, 1963).

El esquema indicado no pretende hacer una especie de síntesis, recuperando elementos de los diversos modelos sobre la violencia, en muchos casos contradictorios. Se trata de subrayar la historicidad de la violencia, cuyas raíces últimas se hunden allí mismo donde el hombre se hace persona al convertirse en ser social. En El Salvador, la violencia y la agresión surgen de la misma esencia del orden social imperante, un orden clasista, por necesidad coercitivo en la parcialidad de los intereses que lo determinan. Así, la dosis de fría y sistemática crueldad que en la actualidad remata la violencia represiva es síntoma de la descom-

posición de un régimen sociopolítico montado sobre la dominación del hombre por el hombre.

A medida que el orden social ha empezado a desintegrarse en El Salvador, sus mecanismos de coerción, antes más o menos interiorizados, han aflorado en toda su descarnada violencia. Los salvadoreños tienen que contar hoy con la amenaza continua e imprevisible de la muerte, y eso tanto si toman parte activa en el conflicto social como si pretenden permanecer ajenos a él. En cualquier sitio y en cualquier momento puede estallar la bomba, iniciarse el tiroteo o comenzar el rastrollo militar. Cada cual se defiende como puede: unos construyen muros alrededor de sus viviendas, compran carros blindados o contratan guardaespaldas; otros huyen al extranjero. A todos sobrecoge el miedo, que unas veces paraliza y otras lleva a realizar acciones de desesperada osadía. Sin embargo, no es la muerte lo que en general atemoriza; lo que se teme es caer en manos de "ellos", ser apresado por "el enemigo". Cuando se llega a una situación así, en que ni siquiera la amenaza de la muerte continua de propios y extraños es capaz de detener el rechazo a la sumisión social, se ha cruzado el umbral que precipita el terror. Porque ya no con el asesinato, sino con la forma cruel de matar, con el exhibicionismo macabro se intentará introducir aquel elemento de temor coactivo necesario para mantener al menos los vestigios de un orden social.

En este contexto de violencia y terror institucionalizado, la violencia personal encuentra apoyo y sentido. La irracional legitimación de la violencia por parte del poder establecido (ver Haber y Seidenberg, 1978) abre una ancha puerta a la legitimación de casi cualquier forma de violencia individual. Hasta las personas más pacíficas aceptan la inevitabilidad de la violencia, así sea para terminar con la violencia. De este modo, el creciente proceder violento remite a la conciencia social en cuanto saber sobre la identidad conflictiva de los grupos, pero, sobre todo, en cuanto juicio sobre la inevitable necesidad y consiguiente legitimidad moral de la violencia.

La polarización social

Un segundo hecho significativo que la psicología social descubre en la situación actual de El Salvador es la polarización de las personas en grupos contrapuestos. Según la doctrina oficial expuesta por la Junta de Gobierno y el discurso racionalizador norteamericano, la polarización sería entre los grupos de extrema derecha y de extrema izquierda, en cuyo centro se encontrarían los actuales gobernantes junto con los sectores mayoritarios de la población salvadoreña. El planteamiento hace agua por todos los lados, empezando por la vaguedad conceptual de los términos de derecha e izquierda, siguiendo por la autoubicación teórica del grupo gobernante en un hipotético centro del espectro político, y terminando por el reclamo de apoyo mayoritario. En todos estos capítulos la explicación oficial se aleja de la realidad, tanto como el discurso norteamericano de que en El Salvador se encuentran enfrentados Este y Oeste, la Unión Soviética y los Estados Unidos.

La verdadera polarización social que tiene lugar en El Salvador se mueve en la coordenada de la contradicción fundamental entre las necesidades e intereses de un pueblo hambriento y explotado y las necesidades e intereses de una minoría oligárquica, refinada y explotadora. Que el actual gobierno se haya enajenado también a los núcleos oligárquicos más intransigentes en nada cambia el hecho básico de que su poder se asiente en los intereses dominantes y sus instrumentos represivos, y que su actuar esté volcado hacia la guerra contra las organizaciones representativas del pueblo.

El modelo más conocido y desarrollado en psicología social para categorizar la polarización grupal es la llamada "teoría realista del conflicto social", propuesta por Sherif (1958, 1966; Sherif y otros, 1954, 1961), según la cual el conflicto de intereses genera y agudiza la oposición entre el endogrupo y el exogrupo, entre "nosotros" y "ellos", y causa un cambio en el clima social y en la estructura interna de los grupos mismos. Tajfel (1970, 1975) ha desarrollado el modelo de Sherif, subrayando el papel de la percepción y de la conciencia en la polarización y conflicto grupales, idea que ya había sido sugerida hace tiempo por Simmel

(1908/1955). Tajfel no pretende afirmar que la percepción o la conciencia sean independientes de los condicionamientos económicos, sociales y políticos, sino que las variables psicosociales juegan un importante papel en el esfuerzo de los grupos por dar satisfacción a sus intereses logrando un poder sobre los grupos rivales (Tajfel y Turner, 1979). Por su parte, Billig (1976) ha insistido en que la creación de categorías sociales para percibir y caracterizar a los grupos es parte del proceso ideológico, en que el poder del grupo dominante impone sus intereses a los grupos dominados, generando en ellos una falsa conciencia sobre su identidad. Por eso el conflicto social se agudizará objetivamente cuando los grupos dominados rechacen la categorización dominante y empiecen a verse a sí mismos con ojos diferentes, es decir, cuando, en términos más latinoamericanos, empiecen a concientizarse.

La situación actual de El Salvador parece representar, en términos generales, una buena confirmación de la teoría realista del conflicto social. En primer lugar, es una incompatibilidad de intereses materiales la causa última y principal del conflicto social existente. Esta incompatibilidad de intereses puede mostrarse de muchas maneras. Baste aquí indicar que más de la mitad de la población salvadoreña tiene un ingreso mensual promedio de menos de veinte dólares por persona (El Salvador, 1978, pág. 6), carece de techo (Harth, 1976; Salegio, 1978), y tiene a todos sus niños en serio estado de desnutrición (El Salvador, 1979), mientras un 5% compite en lujos con las élites de Nueva York, París o San Francisco. Esta situación de profunda desigualdad se ha ido agravando año tras año, hasta que la toma de conciencia por parte de las clases dominadas, situando el origen de sus males en la opresiva explotación de la que son objeto por parte de la oligarquía y no en un fatal destino decidido por Dios, ha hecho aflorar el conflicto cuya virtualidad ya estaba planteada hacía tiempo.

Es importante subrayar, entonces, que no es la toma de conciencia lo que ha causado el conflicto; todo lo más ha sido su desencadenante inmediato. Pero la nueva conciencia sobre la propia identidad grupal, en cuanto opuesta a la del grupo enemigo, sí ha influido en la evolución del conflicto. La dicotomización de la realidad en "nosotros" y "ellos", amigos y enemigos, reduce la

captación de la realidad y, por consiguiente, reduce el número de opciones que se perciben como abiertas a la propia acción. Las relaciones personales se estrechan al círculo, cada vez más reducido, de aquellos en quienes se puede confiar, cuya identidad de miras fortalece las propias actitudes, pero empobrece el horizonte existencial. Las relaciones con los desconocidos son eludidas en lo posible, o se vuelven un disimulado juego de ficción, a la búsqueda de indicios que permitan categorizar políticamente al otro como amigo o enemigo (Zúñiga, 1975). "Ellos" son percibidos desde el sesgo negativo de su categorización como enemigos, y hasta las acciones conciliadoras mejor intencionadas son vistas como prueba de la maligna astucia del grupo rival.

En términos formales, la percepción dicotómica de unos y otros responde al fenómeno de la "imagen del espejo" señalada por White (1961, 1966; ver, Martín-Baró, 1980): los grupos rivales se perciben con las mismas o parecidas categorías, sólo que invirtiendo la identidad de "buenos" y "malos". Sin embargo, en sana epistemología es necesario ir más allá de la formalidad del fenómeno y examinar su correspondencia con la realidad. Porque, en definitiva, el que unos y otros se atribuyan mutuamente similares características negativas no quita para contrastar su validez objetiva, es decir, examinar quién es el que realmente oprime y reprime, quién explota y asesina. Un análisis de este tipo constituye un necesario complemento al esquema de la "imagen especular" que, en el caso de uno de los dos grupos rivales, no es tal imagen, sino simple distorsión ideológica.

La nueva conciencia por parte de los grupos oprimidos ha roto el discurso formal elaborado por los grupos dominantes y las formas tradicionales de conceptualizar y ver la realidad salvadoreña, tanto al nivel formal de los valores sociales y de la legislación imperante, como al nivel informal, pero no menos importante, de la interacción cotidiana. Ese discurso, esa conceptualización, esos valores, han aparecido en todo su carácter ideológico, como esquemas correspondientes a los intereses de la clase dominante y no a toda la colectividad. Hoy por hoy, ya no cabe suponer ni siquiera una comunidad mínima de sentido. Dicho en términos más corrientes, pero quizás psicosocialmente más profundos, ha desapa-

recido "el sentido común", las normas implícitas de la interacción social (Garfinkel, 1967; Turner, 1974). En la convivencia cotidiana ya no se puede asumir que el otro te dice la verdad, incluso en las cosas más intrascendentes; no se puede suponer que los conductores se vayan a detener ante un semáforo en rojo, que las instituciones de ayuda social presten ayuda, que tu lugar de trabajo vaya a seguir en pie mañana y ni siquiera que tu hogar siga siendo tu predio privado.

A pesar de que la teoría realista del conflicto social proporciona un buen marco para el análisis psicosocial del conflicto salvadoreño, hay aspectos concretos e importantes que escapan o quedan oscuros en el modelo. Dos de esos aspectos importantes lo constituyen los sectores que no caen en la polarización y los factores que determinan la evolución del conflicto.

Aun cuando, globalmente considerada, la población salvadoreña se encuentre polarizada entre los intereses minoritarios de la oligarquía y los intereses mayoritarios de las organizaciones populares, el panorama está lejos de constituir un cuadro de blanco y negro. El hecho de que el conflicto salvadoreño se defina como un conflicto de clase, donde no existe un símbolo tan expresivo como lo fue la figura de Somoza en Nicaragua que permitía una clara delimitación de campos, hace que a muchos individuos e incluso sectores les resulte difícil tomar partido. Ante todo, resulta difícil a amplios sectores de la pequeña burguesía, eso que se ha dado en llamar las "clases medias", que en El Salvador apenas constituyen entre un quince y un veinte por ciento de la población total. Los sectores medios tienen un problema objetivo de pertenencia de clase, ya que propiamente hablando no forman parte de la burguesía, pero tampoco del proletariado. Por lo general, sus vinculaciones laborales, su conciencia inmediata y su estilo de vida, real o anhelado, los une a los intereses de la burguesía dominante (Martín-Baró, 1981c). Sin embargo, el margen que les abre su no pertenencia a la burguesía les permite a menudo optar por los intereses del proletariado en base a una conciencia política o a principios de carácter ético. Ahora bien, el modelo realista de Sherif no ayuda a predecir el comportamiento de estos

sectores medios, aunque el conflicto les afecte tanto como al resto de la población.

Tampoco explica el modelo la evolución del conflicto. En principio, parecería que se trata de un proceso que, por su propia dinámica, tiene que seguir creciendo y que el único fin consecuente con el modelo sería el control o aniquilación de uno de los contendientes por parte del otro. Los medios conocidos para reducir conflictos (el contacto, la cooperación intergrupal y la aparición de una causa o de un enemigo común) a veces producen efectos contrarios a los esperados y, cuando producen éxito, no siempre se sabe bien por qué (Worchel, 1979). Algo que sí se sabe hoy día es que los conflictos tienden a volverse funcionalmente autónomos de sus causas originarias y, por consiguiente, no basta con saber qué produjo un conflicto para lograr resolverlo.

Es difícil predecir hacia dónde va a evolucionar el conflicto salvadoreño. Por supuesto, factores extrínsecos al conflicto mismo, como la evolución de la situación política en los Estados Unidos, Polonia o Nicaragua, pueden influir decisivamente en la marcha de los acontecimientos en El Salvador. Pero incluso reduciéndonos a los factores intrínsecos es difícil calibrar hacia dónde derivará el conflicto. Algo que es claro es la rapidez con la que se suceden los hechos significativos y con que una coyuntura sigue a otra; las dimensiones tan pequeñas del país hacen que factores pequeños puedan tener consecuencias muy grandes. En el momento presente, ambos contendientes tratan de movilizar en su beneficio a los sectores no polarizados, hasta ahora sin aparente éxito. ¿Quiere esto decir que la polarización social ha tocado ya fondo? Es posible, y el recrudecimiento de las acciones bélicas así parece indicarlo. En todo caso, el modelo utilizado nos deja un tanto al aire sobre dónde mirar en un momento en que poder anticipar sería crucial para poder orientar nuestro quehacer.

La institucionalización de la mentira

Un tercer dato importante que la psicología social descubre en la situación actual de El Salvador es el ambiente generalizado de mentira. En El Salvador hoy día se vive un clima enrarecido de

mentira colectiva a todos los niveles. Ya Poirier (1970) señalaba que una característica de las sociedades eufemísticamente calificadas como "en vías de desarrollo" es el vivir en un ambiente de semiverdad, que lo es de semimentira, donde el discurso ideológico filtra la hiriente objetividad de las condiciones sociales y donde, a base de repetirse una y otra vez, las mentiras terminan por ser creídas incluso por aquellos mismos que las engendran.

La mentira social se produce tanto a nivel grupal como a nivel individual. La oligarquía salvadoreña ejerce un férreo control sobre los medios de comunicación masiva, que filtran la realidad. Se presenta casi única y exclusivamente aquella imagen de los hechos nacionales e internacionales que favorece a los intereses dominantes, por distorsionada que esa imagen pueda ser. Sobre esta base de control informativo ejercido por la oligarquía, el gobierno ha establecido una censura adicional, en especial sobre las emisoras de radio, que constituyen el medio de comunicación social más accesible a las masas. En la actualidad, los noticieros radiales no pueden transmitir noticias sobre el país, sino sólo noticias internacionales. Más aún, cada día todas las emisoras se ven forzadas a conectar a las horas clave con la Radio Nacional, que emite en cadena un auténtico parte de guerra propagandístico disfrazado de noticiero y con frecuencia el gobierno "encadena" al sistema entero de radio y televisión, a fin de transmitir actos oficiales, celebraciones militares o discursos de voceros gubernamentales.

El control y utilización masiva de los medios de comunicación social por parte del poder establecido persigue el obvio objetivo de imponer a la población su particular visión de la realidad. Con todo, no es la falta de objetividad el carácter más hiriente en la imagen de los hechos oficialmente impuesta a la población salvadoreña; lo más grave es su tergiversación moral. No se trata sólo de que se falsee la forma como actúan las personas o los grupos; se trata, sobre todo, de su denigración. El opositor y la víctima son siempre culpabilizados en los comunicados oficiales (ver Ryan, 1976), incluso en aquellos casos en que el poder gubernamental reconoce más o menos paladinamente haberse equivocado. Así, el opositor político será tratado como delincuente o terrorista, el apre-

sado sin razón sufrirá el maltrato físico y el descrédito moral, y ambos tendrán que mostrarse agradecidos si llegan a salir con vida; porque el destino normal que espera a quien cae en manos de los Cuerpos de Seguridad es la tortura y el asesinato, además de la mancha calumniosa sobre su nombre y memoria. De acuerdo a un proceso bien conocido en psicología social, la razón sigue al hecho: si alguien fue apresado, si alguien fue muerto por las fuerzas del orden público, es porque era subversivo, porque era un terrorista, porque era un enemigo de la sociedad.

Cabe preguntarse el porqué de este uso sistemático de la calumnia en los comunicados oficiales. No parece adecuado apelar a un proceso de disonancia cognoscitiva (Festinger, 1957), ya que se trata de un proceso institucionalizado y no de una respuesta individual. Tampoco parece que se pueda explicar apelando a su carácter propagandístico, ya que habría que explicar todavía por qué la propaganda ha de acudir a ese mecanismo calumniador y no a otros recursos. La información calumniosa pone de manifiesto la existencia de un problema moral, que supone la condena implícita de la acción realizada. Pero supone también la necesidad estructural que tiene el régimen de realizar esas acciones condenables y de ocultar su responsabilidad atribuyéndolas a los "enemigos de la patria", a "los malos salvadoreños". En el fondo, se trata de un proceder consecuente con la famosa doctrina de la "seguridad nacional", según la cual la bondad o maldad de los hechos se rige únicamente por la conveniencia del sistema establecido (Comblin, 1977); de este modo, la necesidad de la acción represiva, por injusta que sea, arrastra la necesidad de detraer a la víctima.

En este contexto de mentira institucionalizada se produce la mentira personal, no como acto aislado, sino como postura también sistemática. En un medio donde ya no se puede presuponer la vigencia de las normas básicas de la convivencia social, la identidad personal pierde su punto fundamental de apoyo. Es mejor no mostrar ni decir quién se es o qué se piensa, ocultar los propios valores y las propias opciones. Las personas mantienen una apariencia ficticia, intencionadamente desdibujada y aséptica. Las verdaderas referencias se establecen al nivel de las vinculaciones

clandestinas y de las fidelidades secretas. Miles de salvadoreños se ven obligados así a mantener una doble personalidad, en la que la falsedad tiende a identificarse con el papel público y la autenticidad con el papel clandestino. Los planos morales se entrecruzan, y en última instancia a la persona le resulta difícil calificar como bueno o como malo a un determinado acto, cuya multiplicidad de sentidos incorpora juicios opuestos y aun contradictorios.

Lo que Monseñor Romero significó para el pueblo salvadoreño sólo se entiende frente a este contexto de violencia y mentira social (ver Martín-Baró), 1981b). Monseñor Romero fue un hombre con una trayectoria límpida, y la verdad transparente de su persona fue el producto de la verdad transparente de su acción. Monseñor Romero decía la verdad de El Salvador y juzgaba los hechos del país desde esa verdad fundamental. En su homilía dominical, retransmitida por radio y escuchada semana tras semana por el pueblo entero, la mentira oficial aparecía en su desnudez de falsedad y de calumnia. De este modo, Monseñor Romero se convirtió en voz de un pueblo sin voz. Su asesinato no fue entonces el producto de una mente desquiciada; su asesinato fue el fruto necesario y la condición de supervivencia de un sistema corrupto, amparado en la mentira social.

EL APORTE DE LA PSICOLOGIA SOCIAL

Una situación límite, como la que actualmente vive el pueblo de El Salvador, constituye un verdadero reto para cualquier científico social, una situación que nos obliga a revisar nuestro conocimiento, pero, sobre todo, una situación que nos invita a revisar nuestras opciones humanas. Cuando la convivencia social se plantea desde un conflicto irreductible entre grupos, donde el ser de unos implica la negación de otros, los mismos fundamentos del orden social están constituidos violentamente y, por tanto, son fuente permanente de violencia. Sería inútil entonces pretender ajustar las partes dejando intacto el todo que las posibilita y configura. El conflicto salvadoreño pone al descubierto la esencial incapacidad del sistema sociopolítico allí imperante para propiciar la vida humana sin explotación ni injusticia.

El análisis psicosocial pone de manifiesto que en El Salvador se da hoy día una verdadera perversión del pensar, sentir y hacer social, cuyo resultado es el asesinato sistemático de quienquiera que rechace esa perversión. Ante una situación así, no es posible la asepsia ni desde el punto de vista ético ni desde el punto de vista científico. El psicólogo social es parte de su sociedad, y su saber y hacer están también condicionados y referidos a su contexto histórico. Pero, ¿cómo puede la psicología social eludir los imperativos del poder dominante y dar un aporte sustancial a la solución del actual conflicto? En nuestra opinión, al menos de dos maneras: contribuyendo al esclarecimiento de la conciencia colectiva (en el sentido durkheimiano del término) y ayudando a la configuración de un nuevo "sentido común".

Ante todo, la psicología social puede contribuir a esclarecer la conciencia colectiva. Sabemos que un conflicto social de la magnitud del que vive El Salvador es de muy difícil solución. Ni siquiera el hecho de conocer sus causas nos da la fórmula de cómo resolverlo; con todo, ese conocimiento sí nos indica algunas condiciones necesarias para su resolución. Y una de esas condiciones necesarias es el esclarecimiento de la conciencia colectiva, tanto a nivel del saber como a nivel del juzgar. Al psicólogo social le compete ayudar a dismantelar el discurso ideológico que oculta y justifica la violencia, desenmascarar los intereses de clase que establecen la desigualdad social y las actitudes discriminatorias, poner al descubierto los mecanismos y racionalizaciones a través de los cuales la opresión y la represión se legitiman y perpetúan.

En segundo lugar, la psicología social puede ayudar en forma significativa a la configuración de un nuevo "sentido común". El prolongamiento de la violencia institucionalizada en El Salvador ha terminado por romper las bases mismas de la comprensión y de la convivencia social del orden imperante; pero, poco a poco, una nueva conciencia colectiva empieza a emerger, quizá como preludio a un orden social diferente. El nuevo vínculo social arranca de la vivencia del sufrimiento prolongado del pueblo. Se trata de una vivencia nueva no por lo que tiene de doloroso, sino por lo que tiene de liberador, no por su carácter de agonía, sino por su sentido de lucha creadora. Como expresaba un campesino en un

campamento de refugiados: "Antes moríamos, nos mataban, y no sabíamos por qué. Ahora, tal vez todos vamos a morir, pero estamos conscientes de que morimos por un pueblo. Y cabalmente es bien distinto." Así, al viejo "sentido común" perdido le va sustituyendo una nueva conciencia, un nuevo sentido común, que nace al calor de la lucha popular. Un sentido que será común sólo a aquellos que participen de ese sufrimiento y de esa lucha. La psicología social puede ayudar a desentrañar con espíritu crítico ese nuevo "sentido común", a fin de que en verdad sea base de una convivencia más equitativa y humanizante.

En El Salvador y en otros países de América Latina, el pueblo busca construir, como señor de su propia historia, una sociedad basada en la justicia y en la solidaridad. Esta búsqueda constituye una invitación y un reto. A nosotros nos toca ahora decidir si como personas aceptamos la invitación y si como psicólogos sociales somos capaces de responder al reto.

BIBLIOGRAFIA

- ARENDET, H., *Eichmann in Jerusalem: A report on the banality of evil*, Londres: Penguin Books, 1963.
- BERKOWITZ, L., "The concept of aggressive drive: Some additional considerations", en Berkowitz, L. (Ed.), *Advances in experimental social psychology*, Vol. 2, Nueva York: Academic Press, 1965.
- BILLIG, M., *Social psychology and intergroup relations*, Londres: Academic Press, 1976.
- COMBLIN, P., *Le pouvoir militaire en Amérique Latine: l'idéologie de la sécurité nationale*, Paris: Jean-Pierre Délarge, 1977.
- CHOMSKY, N., y HERMAN, E.S., *The political economy of human rights*, Vol. 1, Boston: South End Press, 1979.
- EL SALVADOR, Ministerio de Planificación y Coordinación del Desarrollo Económico y Social, Unidad de investigaciones muestrales, *Distribución del ingreso por deciles de familia*, San Salvador, Apuntes mimeografiados, 1978.
- FANON, F., *Los condenados de la tierra*, México: Fondo de Cultura Económica, 1963.
- FESTINGER, L., *A theory of cognitive dissonance*, Stanford, California: Stanford University Press, 1957.
- FREIRE, P., *La pedagogía del oprimido*, Montevideo: Tierra Nueva, 1970.

- GARFINKEL, H., *Studies in ethnomethodology*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1967.
- HABER, S. y SEIDENBERG, B., "Society's recognition and control of violence", en Kutash, I.L.; Kutash, S.B.; Schlesinger, L.B. y otros, *Violence. Perspectives on murder and aggression*, San Francisco: Jossey-Bass, 1978.
- HACKER, F.J., *Crusaders, criminals, crazies, Terror and terrorism in our time*, Nueva York: Norton, 1976.
- HARTH, A. y otros, *La vivienda popular urbana en El Salvador*, San Salvador: Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima, 1976.
- HINTON, D.R., Discurso del Embajador norteamericano, en el almuerzo de la Cámara Norteamericana de Comercio, San Salvador, 1981, Apuntes Mimeografiados.
- LENER, M.J. y SIMMONS, C.H., "Observer's reaction to the innocent victim: Compassion or rejection?", *Journal of Personality and Social Psychology*, 1966, 4, 203-210.
- MARTÍN-BARÓ, I., Fantasma sobre un gobierno popular en El Salvador, *Estudios Centroamericanos*, San Salvador, 1980, 377-378, 277-290.
- MARTÍN-BARÓ, I., "La guerra civil en El Salvador", *Estudios Centroamericanos*, San Salvador, 1981, 387-388, 17-32 (a).
- MARTÍN-BARÓ, I., "El liderazgo de Monseñor Romero. Un análisis psicosocial", *Estudios Centroamericanos*, San Salvador, 1981, 389, 151-172 (b).
- MARTÍN-BARÓ, I., "Aspiraciones del pequeño burgués salvadoreño", *Estudios Centroamericanos*, San Salvador, 1981, 394, 773-788 (c).
- MILGRAM, S., *Obedience to authority, an experimental view*, Nueva York: Harper and Row, 1974.
- POIRIER, J., "Formas de impugnación de compensación y de transposición de lo real en las sociedades en vía de desarrollo", en Lacroix, J. (Ed.), *Los hombres ante el fracaso*, Barcelona: Herder, 1970.
- RYAN, W., *Blaming the victim*, Nueva York: Vintage, 1976.
- SALGEO, O.R., *La vivienda rural en El Salvador*, Ponencia presentada en el IV Congreso Nacional de Ingeniería, San Salvador, 1978.
- SANFORD, N. y COMSTOCK, C., *Sanctions for evil*, San Francisco: Jossey-Bass, 1971.
- SHERIF, M., "Superordinate goals in the reduction of intergroup conflict", *American Journal of Sociology*, 1958, 43, 349-456.
- SHERIF, M., *Group conflict and cooperation: Their social psychology*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1966.
- SHERIF, M.; HARVEY, O.J.; WHITE, B.J.; HOOD, W.R. y SHERIF, C.W., *Experimental study of positive and negative intergroup attitudes between experimentally produced groups: Robbers Cave experiments*, Norman: University of Oklahoma, 1954.
- SIMMEL, G., *Conflict*, Nueva York: Free Press, 1955.

- TAJFEL, H., "Experiments in intergroup discrimination", *Scientific American*, 1970, 223, 96-102.
- TAJFEL, H., "La categorización social", en Moscovici, S. (Ed.), *Introducción a la psicología social*, Barcelona: Planeta, 1975.
- TAJFEL, H. y TURNER, J., "An integrative theory of intergroup conflict", en Austin, W.G. y Worchel, S. (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*, Monterey, California: Brooks Cole, 1979.
- TURNER, R., *Ethnomethodology*, Londres: Penguin Books, 1974.
- WHITE, R.K., *Mirror images in the East-West conflict*, Convención de la American Psychological Association, 1961.
- WHITE, R.K., "Misperception and the Vietnam War", *Journal of Social Issues*, 1966, 22, 1-156.
- WORCHEL, S., "Cooperation and the reduction of intergroup conflict: Some determining factors", en Austin, W.G.; Worchel, S. (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*, Monterey, California: Brooks Cole, 1979.
- ZÚÑIGA, R., "The experimenting society and radical social reform. The role of the social scientist in Chile's Unidad Popular experience", *American Psychologist*, 1975, 30, 99-115.